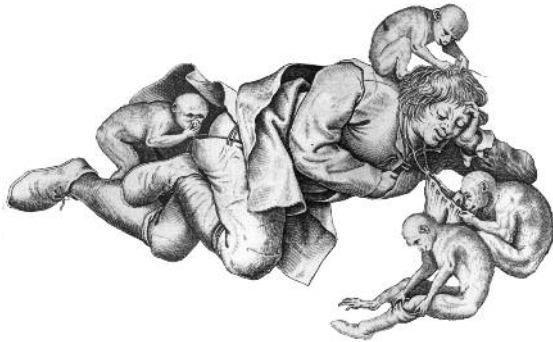


Defensa de la Felicidad

ALEGATO A FAVOR DE EPICURO



Primera edición en REINO DE CORDELIA, enero de 2021

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodocordelia.es

  @reinodocordelia.es  facebook.com/reinodocordelia

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 5º - pta. 24

28003 Madrid



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

Edición: © Arturo Echavarren, 2020

Cubierta y sobrecubierta: Detalle de *El comerciante robado por los monos* (1562), de Pieter Bruegel el Viejo

IBIC: DB

ISBN: 978-84-18141-32-4

Depósito legal: M-5-2021

Diseño y maquetación: Jesús Egido

Corrección de pruebas: María Robledano

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Defensa de la Felicidad

ALEGATO A FAVOR DE EPICURO

Francisco de Quevedo

Edición de Arturo Echavarren

Ilustraciones de Pieter Bruegel el Viejo

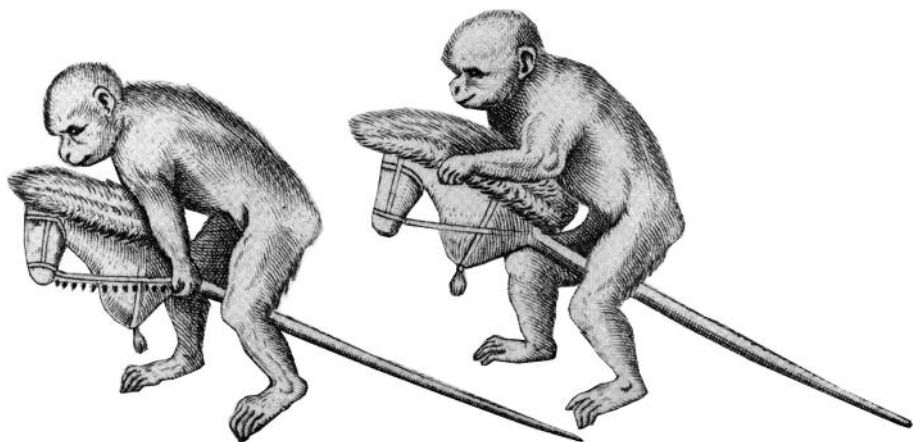


Índice



Introducción 9

DEFENSA DE EPICURO
CONTRA LA COMÚN OPINIÓN 23



Índice de ilustraciones



Gula (1558)	14-15
La fiesta de los idiotas (posterior a 1570)	32-33
La cocina de los gordos (1563)	38-39
El País de la Cucaña (1570-1572)	52-53
El Juicio Final (1558)	62-63
El misántropo robado por el mundo (1568)	77
Loco incubando un gran huevo (1569)	79



Introducción

EL BUEN FILÓSOFO



ESPUÉS DE ACARICIARSE durante unos segundos el mentón elocuente, Pedro Salinas exhaló un suspiro que no pertenecía a nadie y tomó de nuevo la pluma:

Piénsese en Quevedo, no en vano nutrido en la Biblia, los escritos de la Iglesia y los estoicos. No se negó a ninguna de las tentaciones que desde la vida le hacían seña. Sus experiencias vitales alcanzan a los extremos; aconseja a gobernantes en aulas de palacio, goza favor real, es político poderoso, mueve hilos de intriga en tierras de Italia, se junta con la gentuza, rufianes y pícaros. Humanista y hombre cumplido, usa igual cortados latines que desgarrada habla de germanía. Traslada al romance ahora a Anacreonte, luego a Séneca. Manifiesto está en él un ardiente

amor a la vida, una complacencia en la acción total, la exterior y política, la retraída a lo interior, pensamiento y meditación¹.

Salinas se mostró aquí íntimo y numeroso, pues todos quienes se han acercado a Quevedo han ido escribiendo con otras palabras estas mismas palabras. Como Lope de Vega, Quevedo es espejo, no cristal. En las suyas reconocemos nuestras complejidades y contradicciones, la configuración demasiado poliédrica, las notas negras muy por encima del pentagrama y allá van, turba de avechuchos a salvo de toda flecha. Y no queda sino mordernos el labio y verlos volar.

En otras palabras, Quevedo son mil Quevedos: el maravilloso cojo facundo y marrullero de Pérez-Reverte, el aventurero con redaños de hierro, el que desata torbellinos de tajos, reveses y estocadas, el confidente grave y juicioso, el enamorado de suspiro fácil y corazón siempre llagado, la carcajada unánime de todo sarao y banquete, el lector gozoso en su rincón, el trágico sin luz de eternidad que, echando abajo los muros de nuestra gramática para erigir una nueva, dejó dicho: «Soy un fue y un será y un es cansado». Y ancha es Castilla.

¹ Salinas, P. (1967), «García Lorca y la cultura de la muerte», en *Ensayos de literatura hispánica*, Madrid, Aguilar, p. 396.

Una de las caras menos conocidas de Quevedo para el público general es la del filósofo, aunque nuestro autor nunca fue un pensador sistemático. No obstante, late en toda su obra cierta coherencia interna y notable unidad en su entusiasmo por la doctrina neoestoica, revalorización y remozamiento en época moderna de los ideales del antiguo estoicismo². Esta escuela, fundada por Zenón de Citio en torno al año 300 a. C. y divulgada por Cleantes, Crisipo, Panecio, Posidonio, Séneca y Epicteto, entre otros, sostenía que, a través del conocimiento de uno mismo, el ser humano puede alcanzar la comprensión del mundo y de la divinidad y llegar también a ese estado beatífico de serenidad e imperturbabilidad, la *tranquillitas animi*, al que los estoicos dedicaban todos sus esfuerzos. El único instrumento para ello es la razón humana, pues, según la doctrina de los estoicos, únicamente esta es capaz de desterrar las falsas opiniones que generan las pasiones, las cuales perturban el espíritu y lo desvían del camino hacia la tranquilidad. El entendimiento, al discernir razonadamente el verdadero valor de los bienes materiales, reconoce su fragilidad inherente y el sinsentido de todo anhelo y temor. Como consecuencia de

² Véase a este respecto, Balcells, J. M. Ettinghausen, H. y Blüher, K. A. (1983), «El neoestoico», en F. Rico (dir.), *Historia y crítica de la literatura española. III. Siglo de Oro: Barroco*, Barcelona, Crítica, pp. 557-565.

ello, se conquista un dominio de las pasiones, la ira, la ambición, la lujuria, la codicia, el miedo y la desazón de la muerte. Quevedo, en fin, concibe el desengaño de raigambre estoica como un acto perpetuo de desilusión con respecto de los apetitos humanos y la apariencia engañosa de los objetos físicos. Con esta sólida adhesión al pensamiento neoestoico, nuestro autor se alineaba decididamente con el humanismo europeo de la época, cuyo afán era conciliar los ideales de las escuelas filosóficas de la antigüedad con los dogmas del cristianismo. La *Defensa de Epicuro*, que aquí editamos, es un fruto maduro de este sincretismo.

DEFENDIENDO A EPICURO

DE LINAJE ATENIENSE, Epicuro nació en la isla de Samos en torno al año 341 a. C. Aunque siempre hizo gala de su autodidactismo, los críticos han conjeturado el magisterio de Pánfilo, uno de los discípulos de Platón, o de Nausífanos, pupilo de Demócrito. Fuera como fuere, tras desarrollar el corpus de su doctrina, fundó comunidades epicúreas en Mitilene y Lámpsaco y se trasladó a Atenas a finales del siglo IV, donde divulgó sus enseñanzas, mientras llevaba una vida de privaciones y simplicidad³. Su doctrina

³ Abundantísima es la bibliografía en torno a Epicuro, como no podía ser de otro modo. Resultan imprescindibles, en fin, los estudios de García Gual, C. (1981),

resultó muy novedosa en la época, pues entendía que el propósito de la vida era el deleite (*ἡδονή, hedoné*), que emanaba de un modo de vida sencillo, modesto e incluso ascético. Los anhelos que produjeran dolor, frustración y ansiedad o resultasen perniciosos para la salud no eran considerados placeres apropiados. Dado que buena parte del sufrimiento humano tiene su origen en el deseo insatisfecho, el epicúreo se afanaba en mitigar sus deseos, más que en arrojarlos a satisfacerlos. El estado espiritual al que se aspiraba era la liberación de toda agitación (*ἀταραξία, ataraxía*), que se alcanzaba mediante la templanza y el estudio. Al exhortar a sus seguidores a renunciar a la ambición política, siempre fecunda en corrupciones y sinsabores, Epicuro se oponía frontalmente a la concepción tradicional de la ciudad-estado griega y anticipaba los valores más independientes de la sociedad helenística.

En el ámbito de lo metafísico, el epicureísmo se erigía sobre los cimientos de la teoría atomista de Demócrito y Leucipo; Epicuro concluía que, habida cuenta de que el alma humana está compuesta de átomos como el cuerpo, estos necesariamente se dispersan con la muerte, «como humo, en las altas auras

Epicuro, Madrid, Alianza; Lledó, E. (1996), *El epicureísmo*, Madrid, Taurus; y O'Keefe, T. (2010), *Epicureanism*, Nueva York, Routledge.



GVLA.

EBRIETAS EST VITANDA,

Schout de onckenschap / en gulsichpik eten Wan



H. Cock - excud. cum gratia et privilegio - 1858

INGLVIESQVE

CIBORVM

ouerdact doet goet en hem seluen vergheten.

del éter»⁴. En otras palabras, el alma muere con el cuerpo. Esta idea revolucionaria produjo enconado rechazo entre los círculos religiosos del mundo antiguo, que tampoco veían con buenos ojos que Epicuro sostuviera que los dioses, aunque existen, se sitúan al margen de los asuntos humanos. Las deidades, como epicúreos cabales, viven en un estado de contentamiento permanente y no nos necesitan para nada. Los humanos hemos de adorarlos, precisaba Epicuro, pero no debemos esperar dones y favores o temer su cólera.

Por estos y otros motivos, no resulta en modo alguno extraño que el pensamiento cristiano, que había acogido con sumo gusto el estoicismo y el aristotelismo, mostrara tradicionalmente un rechazo palmario del epicureísmo. Aunque durante los primeros siglos de nuestra era los Padres de la Iglesia trenzaban elogios y encomios con encendidos denuos y reprobaciones, a partir de la Edad Media prevalece la interpretación negativa de Epicuro.

Como el punto de entrada de Quevedo en la filosofía epicúrea, se ha señalado frecuentemente su admiración por Séneca, toda vez que el sabio cordobés menciona con frecuencia la doctrina de Epicuro.

⁴ Con pujante brío poético, así lo expresa Lucrecio en *De rerum natura* (III 456).

ro, sobre todo en las *Epístolas*, haciendo acopio de las enseñanzas más próximas a la vía estoica, como el elogio de la sencillez y la medida, el menosprecio de los bienes físicos y la búsqueda del equilibrio interior⁵. En la *Defensa*, al calor de la *auctoritas* del tutor de Nerón, Quevedo porfía en su afán por revitalizar y vindicar a Epicuro mediante el expediente de hacer de este un pensador estoico *de facto*.

Si la vinculación del epicureísmo con el estoicismo es un recurso crítico fundamental en la revitalización y vindicación de Epicuro que nuestro autor lleva a cabo en la *Defensa*, no es de menor calado su pretensión por cristianizar en lo posible al filósofo griego. Para ello dedica todo su empeño en atemperar los aspectos menos asumibles del pensamiento epicúreo desde el punto de vista de la doctrina cristiana, como el rechazo de la intervención divina en la perfección del cosmos o la negación de la inmortalidad del alma, y viene a subrayar la proximidad al dogma católico de muchos de los planteamientos de Epicuro. Este pensador deviene en sus manos el epítome de la medida y la frugalidad, en sintonía con el

⁵ Para mayores averiguaciones, acúdase a Medina González, A. (2013), «Epicuro en las cartas a Lucilio de Séneca», en L. M. Pino y G. Santana (eds.), *Kalos kai agazos aner. Didascalou paradeigma: homenaje al profesor Juan Antonio López Férez*, Madrid, Ediciones Clásicas, pp. 559-564.

neoestoicismo de cuño cristiano, alejándolo de la imagen de hedonista impenitente que habían ido modelando los Padres de la Iglesia.

En la tarea de revitalizar la figura de Epicuro mediante una reinterpretación de su doctrina desde la óptica cristiana, sin embargo, Quevedo no se encontraba solo; preclaros humanistas italianos como Lorenzo Valla habían desbrozado tenazmente esa senda para que Erasmo pudiese ser el principal impulsor de la restauración de la dignidad epicúrea en el siglo XVI. En España, el influjo erasmista había propiciado el florecimiento de algunas notas apologéticas que loaban la conducta moderada del sabio griego, como se aprecia en Fray Luis de León o el Pinciano, pero la labor de sincretismo doctrinal que emprende Quevedo en su *Defensa de Epicuro* resulta absolutamente novedosa en la España de su tiempo. En este aspecto, el valor de este opúsculo es, como se puede advertir, sobresaliente.

ESTA EDICIÓN

EL AÑO EN QUE FALLECÍA Lope de Vega, en 1635, cuando Quevedo contaba 55 otoños, salió de las prensas madrileñas de María de Quiñones, a costa de Pedro Coello, la *Defensa de Epicuro*, como parte del libro intitulado *Epicteto y Phocílides en español con con-*

sonantes, con el origen de los estoicos y su defensa contra Plutarco y la Defensa de Epicuro contra la común opinión. Nuestro tratado y el que atañe a la doctrina estoica tienen portada y foliación propias: *Nombre, origen, intento, recomendación y descendencia de la doctrina estoica, defiéndose Epicuro de las calumnias vulgares.* Precede a ambos opúsculos una dedicatoria distinta a la que sigue a la portada general del volumen; si allí Quevedo se dirigía a Juan de Herrera, caballero del conde-duque de Olivares, aquí dispensa elogios al gran Rodrigo Caro, erudito, anticuario y poeta hispalense. Esta primera edición ostenta numerosos errores, como se declara ya en la fe de erratas: «Son tantas y tan grandes las erratas que el descuido por falta de su autor ha introducido en este libro que algunas pueden advertirse y no enmendarse». Todo apunta a que Quevedo no revisó las pruebas de imprenta, o dicho de otro modo, *aliquando bonus dormitat Homerus.*

Muy mejorada con respecto a la primera fue la segunda edición de la obra, que vio la luz ese mismo año de 1635, impresa asimismo en los talleres de Quiñones por el librero Coello. El breve opúsculo sobre Epicteto y la apología de Epicuro poseen también en este caso una portada propia, pero esta vez la foliación es correlativa a los demás textos recogidos.

dos en el volumen. Se han introducido aquí un buen número de variantes en epígrafes y títulos, que mejoran sobremedida la estructura general del libro y delimitan nítidamente sus distintas secciones, por lo que Crosby concluye que en su edición debió de intervenir una mano autorizada, aunque con toda probabilidad no era la de Quevedo⁶. Se ha corregido, además, gran número de errores de la *editio princeps*, por lo que seleccionamos este texto como base de nuestra *Defensa de Epicuro*, si bien en pasajes puntuales donde se desliza algún error inadvertido recogemos la lectura de la primera versión.

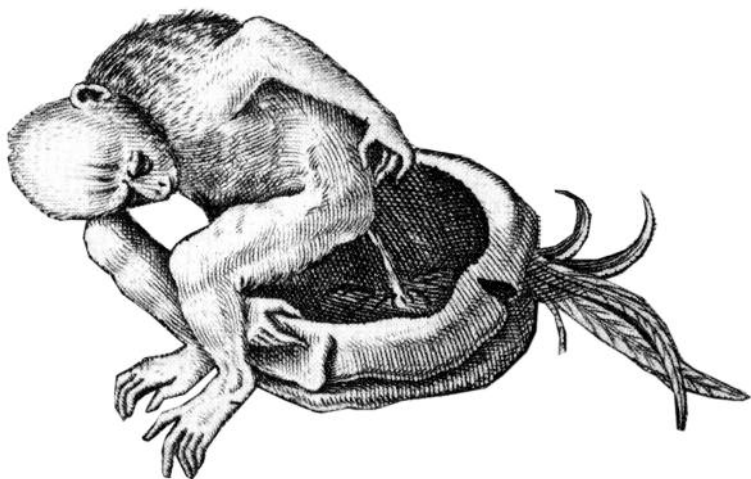
Si atendemos a las ediciones modernas de la *Defensa*, hemos de reseñar en primer lugar la de Florencio Janer, publicada en 1921 en la Biblioteca Clásica, que toma como base la primera edición de 1635, sin notas ni enmiendas. Luis Astrana Marín, en las *Obras completas de don Francisco de Quevedo Villegas* (Madrid, Aguilar, 1932), sigue a pie juntillas la versión de Janer, con la adición de algunos errores más. En 1969, también en Aguilar, Felicidad Buendía reproduce a su vez la de Astrana, por lo que hay que esperar a 1986 para encontrar una edición óptima del opúsculo, que Eduardo Costa Méndez lleva a

⁶ Crosby, O. (1967), *En torno a la poesía de Quevedo*, Madrid, Castalia, p. 180.

cabo con brillantez en la editorial Tecnos, precedida de un excelente y erudito estudio preliminar.

En nuestra edición modernizamos las grafías, la acentuación, la puntuación y el empleo de mayúsculas, con arreglo a las normas ortográficas actuales. Entre corchetes se recogen las adiciones al texto, mientras que las lagunas, como es pertinente, se marcan con puntos suspensivos entre corchetes.

Defensa de Epicuro contra la Común Opinión



ESTA LA DEFENSA DE EPICURO. No la hago yo; refiero la que hicieron hombres grandes, ni en este caso es mi caridad la primera con este nombre. Arnaudo⁷, en su libro que llama *Juegos*, la imprimió, mas dejando lugar a que yo no perdiese el tiempo en esta.

No es culpa de los modernos tener a Epicuro por glotón y hacerle proverbio de la embriaguez y deshonesta lascivia; lo mismo precedió en la común opinión a Séneca. Execrable maldad fue en los primeros, que le hicieron proverbio vil para los que les siguieron necesariamente después. La infamia ajena más fácilmente se cree que se dice, y peor, pues siem-

⁷ André Arnaud, ensayista francés, autor de la obra miscelánea *Ioci* (Aviñón, 1600), que recoge una nutrida colección de apologías, entre las cuales se encuentra una consagrada a la defensa de Epicuro.

pre se añade. Diógenes Laercio dice que Diotimo⁸, estoico, de envidia fingió muchos escritos torpes y blasfemos, y le achacó otros a Epicuro y los publicó para disfamarle y desacreditar su escuela. Pocos oyen murmurar de otro que no les parezca poco lo que oyen y verdad lo que creen. Esto sucedió a Epicuro con los demás filósofos, con intervención de las ruindades de la envidia.

Epicuro puso la felicidad en el deleite y el deleite en la virtud, doctrina tan estoica que el carecer de este nombre no la desconoce. Desembarazó la atención de sus discípulos, como de trastos, del embarazo de la dialéctica sofística, de la cual habló sola, porque la lógica en lo escolástico es grande y valiente parte de la teología; y el condenar la dialéctica (entiéndese sofística), en que fundaban su mayor pompa los otros filósofos, fue ocasión de aborrecer y disfamar a Epicuro.

Con felicísimo estilo le defiende el primer fragmento de Petronio Arbitro; mucho pierde quien me obliga a traducir sus palabras: «Estas cosas fueran tolerables si hicieran lugar a quien se encamina a la elocuencia; ahora, con la hinchazón de las cosas y el

⁸ Filósofo griego de la segunda mitad del siglo II a. C. que, de acuerdo con Diógenes Laercio (X 30) y Ateneo (XIII 611b), redactó cartas de contenido lascivo y las atribuyó a Epicuro.

vanísimo rumor de las sentencias, solo aprovechan para que, cuando vengan a la corte, sospechen que han sido llevados a otro orbe de la tierra. Por esto me persuado que los muchachos se hacen ignorantísimos en las escuelas, pues ninguna cosa de las que nos son en uso oyen ni ven»⁹.

Poco es para esta defensa voz elegante; oigamos voz elegante, doctísima y sagrada. San Jerónimo, *Sobre la epístola de san Pablo a Tito*: «Los dialécticos, de quienes Aristóteles es príncipe, suelen tender redes de argumentos y concluir la vaga libertad de la retórica en las zarzas de los silogismos. Si esto hacen aquellos de quienes la contención es arte propia, ¿qué debe hacer el cristiano, sino huir la contienda?»¹⁰. San Ambrosio, en el *Exameron*: «De la manera que el agua (como dicen) puede estar sobre el orbe, revolviéndose el orbe, tal es la astucia dialéctica. Dame cosa a que te pueda responder, porque, si no me la das, no responderé palabra»¹¹. San Agustín, *Contra Cresconio gramático*: «Esta arte que llaman dialéctica, la cual no hace otra cosa sino demostrar con la conclusión o la verdad a las verdades o la mentira a las mentiras»¹². San Ambrosio, *De*

⁹ *Sat.* 1, 2.

¹⁰ *In Tit.* 3, 9 (*PL* 26, col. 631 c-d).

¹¹ *Hex.* II 3, 9 (*PL* 14, col. 160b).

¹² *In Cresc.* 1 20, 25 (*PL* 43, col. 459).

fide ad Gratianum: «Los herejes fundan toda la fuerza de su veneno en la arte dialéctica, la cual por la sentencia de los filósofos se define arte que no tiene fuerza de instruir los estudios, sino de destruirlos»¹³. No hubo otros filósofos sino los epicúreos que dijese que la dialéctica destruía y no instruía los estudios.

Sígase que, pues Epicuro con razón desechó la dialéctica sofística y que con la verdad indignó contra sí todos los filósofos, que valiéndose de la palabra *deleite*, en que ponía la felicidad, callando la virtud en que decía consistir el deleite, difamaron al filósofo más sobrio y más severo.

Que Epicuro dijese que no había deleite sin virtud Séneca lo dice en el lib. 4 *De beneficios*, cap. II: «La virtud ministra los deleites; no hay deleite sin virtud»¹⁴. El mismo, en el libro *De la vida bienaventurada*, cap. 12: «No se dan a la lujuria impelidos de Epicuro: antes, entregados a los vicios abrigaron en los retiramientos de la filosofía su lujuria y acuden donde oigan alabar el deleite; ni buscan aquel deleite de Epicuro. Así lo siento por ser sobrio y seco»¹⁵. Y en el cap. 13: «De verdad este es mi pare-

¹³ *De fide* I 5, 42 (PL 16, col. 559 b).

¹⁴ *Ben.* IV 2, 1.

¹⁵ *Dial.* VII 12, 4.

cer (diré a pesar de nuestro vulgo): Epicuro enseñó doctrina santa y recta y, si te acercas, triste»¹⁶.

Estas palabras por sí tienen soberanía, dichas por nuestro Séneca. ¡Cuán grande estimación solicitan a Epicuro! ¡Cuán justa indignación contra los ignorantes que le difamaron! Y particularmente contra Cleomedes¹⁷, autor de condenada memoria, por su libro, en que llama a Epicuro «Tersites de los filósofos»¹⁸; y, estudiando en su mengua oprobios que decir al gran filósofo, gasta su pluma en distraimientos de la envidia. Este inútil escritor griego le trata con tal ignominia, cuando Lucrecio en sus versos, consolando al hombre de que ha de morir, con referir que murieron los príncipes y los sabios, por último encarcamiento del poder de la muerte dice¹⁹:

Murió el mismo Epicuro, fenecido
el curso de su vida, el que en ingenio
todo el género humano aventajaba.
Como el sol celestial a las estrellas,
a todos los demás obscurecía.

¹⁶ *Dial.* VII 13, 1.

¹⁷ Sabio estoico y astrónomo que probablemente vivió en el siglo III d. C. autor de los *Calestia*. Criticó con vehemencia la doctrina de Epicuro.

¹⁸ Tersites, personaje de la *Iliada*, es arquetipo del necio insolente y lenguaraz.

¹⁹ *Rer. Nat.* III 1042-1044.